

descubierta; y sea tu respeto, tu modestia, tu compostura, tu devocion en el templo; sean en todas ocasiones tus palabras, tus máximas, tus dictámenes y toda tu conducta, una prueba pública y notoria de que eres de los discipulos de Cristo, y no de los esclavos del mundo.

2. Considera los bienes de este mundo como si fueras un mero depositario, un mero administrador de ellos con obligacion de dejárselos á tus herederos: cuida de ellos, adminístralos bien; pero no pegues á ellos tu corazon. A las honras que el mundo hace, considéralas como obsequio que se tributa á la dignidad y no á la persona. Por lo que toca á los deleites, pocos hay que no estén llenos de veneno: huye de ellos con el mayor cuidado, y admite únicamente aquellos de que nunca te debas arrepentir.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, CONFESOR.

San Pedro de Alcántara, tan célebre en toda la Iglesia por el sublime don de oracion á que el Señor le elevó, y por el rigor de sus asombrosas penitencias, de que nos dejó tan admirables ejemplos, nació el año de 1499 en la villa de Alcántara, pueblo poco numeroso de la provincia de Éxtremadura en España, que comunicó su nombre á nuestro santo, sirviéndole de apellido. Fué su padre don Alfonso Garavito, hábil jurisconsulto y corregidor de la misma villa; su madre, doña María Villela de Sanabria: los dos de muy antigua y calificada nobleza; y uno y otro de una virtud tan sólida como ejemplar. Consi-

T. 10.

P. 438.



S. PEDRO DE ALCÁNTARA.

derando ambos como una de las mas esenciales obligaciones de los padres la cristiana educacion de sus hijos, se dedicaron á criar á Pedro en el temor santo de Dios, con tanto mayor gusto y con tanto mayor consuelo, quanto desde luego descubrieron en el niño una bellissima indole y unas inclinaciones, por decirlo así, naturalmente cristianas. Anticipóse á la razon la devocion, previniéndole la gracia tan extraordinariamente, que se halló dotado del don de oracion aun antes de tener edad para saber hacerla. Ora estuviese en la iglesia, ora en casa, siempre se le veia orando, siendo la oracion el único entretenimiento de su niñez; presagio cierto de la eminente santidad á que arribó con el tiempo.

Son los estudios ordinario escollo de la juventud; pero la virtud de Pedro de Alcántara se perfeccionó en ellos, resplandeciendo mas el candor de su inocencia. Ibase haciendo mas santo al paso que se iba haciendo mas sabio en las letras humanas y en la filosofia. Enviaronle á Salamanca á estudiar el derecho canónico; y allí entabló una vida tan arreglada, distribuyendo las horas en la iglesia, en las escuelas, en el hospital y en su estudio, que los maestros de la universidad le proponian á los demás profesores por modelo de virtud, de aplicacion y de aprovechamiento. Vuelto á Alcántara, hizo quanto pudo el enemigo de la salvacion para manchar su inocencia y para derribar su virtud. Hallándose en una edad donde todo es tentacion; jóven, bien dispuesto, lleno de vivacidad y de fuego, conoció el peligro, descubrió al enemigo y tomó las armas contra él, recurriendo á la oracion, á la frecuencia de sacramentos, á la devocion de la santísima Virgen, á la fuga de las ocasiones; pero singularmente al ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Cesó la tentacion de la carne; pero entró á relevarla la de la ambicion. Todo concurría á

lisonjear sus esperanzas con la gran fortuna que se podía prometer, ya en la profesion de las letras, ya en el ejercicio de los primeros cargos; pero hizole Dios la merced de que descubriese el artificio del enemigo, y de que le venciese, porque, conociendo que el mundo estaba lleno de escollos, determinó refugiarse al asilo de la religion. Escogió la del seráfico padre san Francisco, y tomó el hábito en el convento de Manjarrez, sito en una áspera montaña. Quiso el Señor autorizar la resolucion del santo jóven con un insigne milagro; porque, no encontrando barca para pasar el rio Tera, se halló de repente á la otra orilla por ministerio de un ángel.

Tenia solo diez y seis años cuando entró en el noviciado, y en menos de seis meses mereció que le propusiesen á los demás como verdadero modelo de la perfeccion religiosa. Sobre todo, asombró su mortificacion á los profesos mas antiguos. Comia poquísimo, y apenas dormia nada; ninguna dificultad encontraba en las mas rigurosas penitencias. Era muy ingenioso el amor que tenia á las humillaciones, inventando cada dia nuevos modos, nuevas industrias para ser menospreciado, y siendo este el mayor objeto de sus ansias. Hallaba sus mayores delicias en la mas estrecha pobreza, no pareciendo posible desasimiento mas absoluto de todo. Unido continuamente á su Dios, ninguna cosa era capaz de distraerle; siendo sucesivamente sacristan, portero, refitolero y despen-sero, cumplia exactamente con todos estos oficios, y añadía de supererogacion los mas bajos, los mas humildes y los mas repugnantes de la comunidad, superando su fervor á todos ellos.

El pacto que habia hecho con sus ojos, no se limitaba precisamente á las personas de otro sexo; se puede decir que se extendia á cualquiera objeto que no fuese absolutamente indispensable. Toda la vida

anduvo con los ojos bajos; de manera que nunca supo si el coro y el dormitorio eran de bóvedas, ni de qué materia era el techo de su celda. A los religiosos del convento solamente los conocia por la voz, y á fuerza de mortificar sus sentidos habia perdido el uso de ellos.

Pocos meses despues de su profesion le envió la obediencia á un convento muy solitario, y allí fabricó una celda, que lo era solo en el nombre; pero parecia sepultura en la realidad. En ella dió principio á aquel ejercicio de penitencia, que verdaderamente horroriza, y apenas se haria creible si no le autorizara el testimonio de la bula de su canonizacion. Su ayuno era continuo: comia una sola vez de tercer en tercer dia, y algunas se pasaban ocho dias enteros sin tomar alimento. Dos veces al dia despedazaba cruelmente su cuerpo con unas disciplinas de hierro: traía continuamente á raiz de las carnes un cilicio de alambre en figura de rallo, cuyas agudas puntas por la parte de adentro no solo le penetraban la piel, sino que le renovaban sin cesar las llagas que le habia hecho la disciplina. Aunque su comida se reducía á unas pobres legumbres sin condimento, y lo mas ordinario á un zoquete de pan duro, le bastaba sentir algun gusto en lo que comia para desazonarlo al instante, mezclándolo con ceniza. Pero lo que mas le costó, como él mismo lo confesó despues á santa Teresa, fué vencer el sueño. Esta era la pension de la vida que se le hacia mas insoportable; porque decia que solo el sueño nos priva de la presencia de Dios, lo que no hacia ni aun la misma muerte. Dormia no mas que hora y media, y por espacio de cuarenta años lo hacia ó de rodillas, ó medio en pié, arrimando la cabeza á la pared. Lo restante de la noche lo pasaba en oracion, añadiendo siempre á ella alguna nueva penitencia. Era su celda tan baja, tan estrecha

y tan corta, que no podia estar en ella derecho, ni tendido á lo largo. Gustábale mucho la mortificacion, ocasionada por las incomodidades que trae consigo la variedad de los tiempos y de las estaciones del año. Es siempre muy rígido el invierno en aquella sierra donde estaba el convento, y en lo mas riguroso de él dejaba abierta la ventana de la celda. Andaba de continuo con los piés descalzos, y siempre con la cabeza descubierta, por respeto, como decia el mismo santo, á la presencia de Dios que está en todas partes. Bien se puede asegurar que ninguno le excedió en la mortificacion, y así parecia un esqueleto animado. Es verdad que le desquitaban ventajosamente de la continua violencia que se hacia los celestiales consuelos con que sin cesar inundaba el Señor á su purísima alma. Pocos santos se han visto que hubiesen sido elevados á mas sublime don de oracion. Era esta un éxtasis casi continuo, comunicándosele Dios en ella extraordinariamente, y dándole á gustar con anticipacion las delicias de la gloria.

No era razon que estuviese debajo del celemín tan sobresaliente virtud; por lo que á los veinte años de su edad, y antes de poder recibir los sagrados órdenes, le hicieron los superiores guardian de Badajoz. No fué esta la menor mortificacion para un hombre tan humilde. Como era el mas mozo de todos sus súbditos, le pareció que soio le habian hecho superior para servirlos á todos; lo que fácilmente se conoció por lo que se le vió hacer durante su guardianía, de cuya autoridad solo se valió para reservarse á si todos los oficios mas bajos, mas humildes y mas trabajosos del convento. Luego que entró en los veinte y cuatro años, le mandaron los prelados que se dispusiese á recibir los sagrados órdenes. Hasta allí habia sido ángel en la pureza de sus costumbres y en todo el tenor de su vida; pero en el altar fué un abrasado

serafín. Mostrábalo en él, saliéndole al semblante aquel divino fuego en que ardia su corazon; y las copiosas lágrimas con que regaba el altar, eran buen indicio de las llamas en que le abrasaba su amor. Un año despues le hicieron guardian del convento de Nuestra Señora de los Angeles; en cuyo empleo no halló otro atractivo que la situacion del convento, la mas fria de toda España; ofreciéndole los hielos, las nieves y las ventiscas muchas penitentes industrias para saciar el hambre que tenia de padecer.

Por el zelo de la salvacion de las almas, inseparable de la verdadera caridad, aceptó el ministerio de la predicacion. Ningun predicador hizo mas fruto. Sobre el talento natural y un fondo de sabiduría, enriquecido con aquellas superiores luces que eran fruto de su íntima comunicacion con Dios, y nunca lo pueden ser del estudio, bastaba sola su vista para ablandar los corazones mas endurecidos. Convertia solo con dejarse ver; por eso, se veian muchas veces los mas insignes pecadores interrumpirle sus sermones con lágrimas y dolorosos gemidos. En medio de su empleo de superior, corrió muchos obispados, haciendo en todas partes inmenso fruto, y renovando en todas el espíritu de penitencia.

No obstante, siempre le tiraba la inclinacion al retiro, que era, digámoslo así, la pasion dominante de nuestro santo; y en virtud de ella suplicó á los superiores le destinasen á algun convento separado de toda comunicacion con los seglares. Por darle gusto, le hicieron guardian de San Onofre de la Lapa, situado en un horroroso desierto, y allí fué donde compuso el tratado *de la oracion y de la contemplacion*, tan universalmente estimado, y que mereció tantos elogios de santa Teresa, de fray Luis de Granada, de san Francisco de Sales, y sobre todo del papa Gregorio XV, habiéndole compuesto por complacer á

un amigo suyo que le rogó le diese por escrito las reglas para tener bien oracion, lo que tantas veces le habia explicado verbalmente. Apenas salió de sus manos aquella obra, cuando se extendió por toda España, y se vió andar en las le todos con tanta reputacion de nuestro santo, que los pueblos clamaban a porfia por él, ansiosos de oír de su boca las verdades de la salvacion. Particularmente el rey de Portugal don Juan el III hizo tantas instancias con los superiores para ver en su corte á aquel gran siervo de Dios, que, á pesar de todas las razones que alegó, se vió precisado á emprender aquel viaje. Hizole a pié y descalzo como acostumbraba, y no es facil explicar el mucho bien que hizo en aquella corte. Viéronse en ella algunos de los mas grandes señores renunciar el mundo, y buscar en las mas austeras religiones camino seguro y compendioso para su salvacion. La infanta doña María, hermana del rey, no contenta con desterrar de su persona y de su cuarto todo lo que olia á espíritu de mundo, galas magnificas, muebles suntuosos y profanas diversiones, se consagró totalmente á Dios con los tres votos de religion por consejo de nuestro santo. El infante don Luis, hermano de la misma princesa, fundo el convento de Salvatierra, y se encerró en él, pasando el resto de sus dias en todos los ejercicios religiosos con tan fervorosa devocion, que fué el ejemplo de todo el reino. Hizose cuanto se pudo para detenerle en Portugal; pero teniale destinado la divina Providencia para la reforma de su orden. Despues de haber sosegado con su presencia y con sus prudentes officios las turbaciones que se suscitaron en Alcántara, le llegó el aviso de que su provincia le habia nombrado provincial. En vano pretendió excusarse alegando que no tenia cuarenta años; ninguno le tuvo por demasadamente mozo para el empleo. Obligáronle á aceptar el empleo, el que des-

empeñó con tanto acierto como pudiera el hombre mas experimentado. Valióse de esta nueva autoridad para introducir en su provincia ciertas reglas que solo el concepto de su virtud pudo lograr que fuesen aceptadas y recibidas; pero su grande obra era la reforma de la orden que habia tiempo andaba meditando.

Emprenóla movido del ardiente deseo que muy de antemano le habia inspirado el Señor de ver resucitado en su primer vigor el primitivo espíritu de la regla de san Francisco. No ignoraba que era asunto mas arduo reformar una religion, que fundarla; pero atropelló por todas las dificultades, persuadido de que era Dios el autor de aquel intento. Habiéndosele agregado algunos religiosos de los mas virtuosos y ejemplares, fué á echar los primeros cimientos de la provincia reformada de la Arravida en Portugal, cerca de la embocadura del Tajo. Es la Arravida una fragosa y continuada sierra, y esto era justamente lo que buscaba nuestro Pedro. Ayudado con las limosnas y con la autoridad del duque de Aveyro, levantó en ella un convento, cuyas celdas, por la mayor parte, se fabricaron en las cavernas de los peñascos; y este fué el principio de aquella célebre reforma que, resucitando el espíritu de mortificacion y de extrema pobreza que profesó el seráfico padre san Francisco, da á la Iglesia una nueva familia de ángeles mortales, cuyo espíritu de soledad, de devocion, de penitencia y de todo lo mas perfecto que enseña la religion, es aun el dia de hoy objeto de admiracion y de veneracion á todos los fieles. El año de 1554 tuvo principio esta reforma, para cuyas alabanzas no encontraba expresiones correspondientes la seráfica madre santa Teresa, y cuyas reglas confirmó por breve expreso y particular el papa Julio III. El obispo de Coria cedió á nuestro santo una ermita dentro de su obispado, en la cual estuvo algun tiempo con un solo

compañero, esparcidos los demás por varias partes violencia de la tempestad que suscitó el infierno contra aquella grande obra. Desde allí emprendió Pedro el viaje de Roma, haciéndole todo á pié, descalzo y con la cabeza descubierta, como acostumbraba. Obtuvo segundo breve del papa, y letras patentes de su general para fundar nuevos conventos segun la estrecha reforma. Volvió á España, y fundó uno en el Pedroso, tan reducido y tan estrecho, que mas parecia fábrica de sepulturas que de celdas. La que escogió para sí como prelado, era de las mismas dimensiones que las de otras partes, tan baja, tan angosta y tan corta, que no podia estar en ella sino de rodillas, encorvado, ó en otra molesta postura.

Creciendo cada día la reputacion de nuestro santo, apenas hubo en aquel tiempo persona de virtud sobresaliente que no solicitase su correspondencia, ó por lo menos tener parte en sus oraciones. Santa Teresa le consultaba en lo que se le ofrecia. San Francisco de Borja estrechó una fina amistad con aquel gran siervo de Dios, y en toda España resonaba con admiracion el nombre de fray Pedro de Alcántara. Cuando el emperador Carlos V estaba meditando su retiro al monasterio de Yuste, resolvió tomarle por su confesor; pero el santo se excusó con tan buenas razones, que el emperador se rindió á ellas. Mas eficaz fué su general. Nómbróle comisario general de España para la reforma, cuyo empleo desempeñó con tanta felicidad, que tuvo el consuelo de recibir dos breves del papa Paulo IV, confirmando su instituto, y el de ver en menos de seis años fundados nueve conventos.

Habia tiempo que san Pedro de Alcántara vivia, digámoslo así, de milagro. Extenuado al rigor de sus excesivas penitencias, consumido con sus grandes trabajos, y exhausto á fuerza de tan penosos ejercicios,

cayó gravemente enfermo; y sabiendo bien que se acercaba su última hora, se hizo llevar al convento de Arenas. Recibió luego los sacramentos, y poco tiempo despues entró en un dulcísimo éxtasis. Apareciósele la santísima Virgen, acompañada de san Juan evangelista, y le aseguró su eterna bienaventuranza; y pronunciando entonces él mismo aquellas palabras del salmo 121: *Lactatus sum in his quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus*: me he llenado de alegría sabiendo que he de ir á la casa del Señor, le entregó dulcemente su alma el día 18 de octubre del año de 1562, á los sesenta y tres de su edad y cuarenta y siete de su vida religiosa.

Desde el mismo punto en que murió, manifestó Dios la gloria de su siervo con muchos milagros. Luego que espiró, se apareció á santa Teresa rodeado de resplandor, y le dijo estas bellas palabras: *¡O dichosa, ó dulce penitencia que me ha merecido tanta gloria!* Fué enterrado su santo cuerpo en la iglesia de Arenas, donde continuamente está Dios haciendo glorioso su sepulcro por los milagros que obra cada día. El papa Gregorio XV le beatificó solemnemente el año de 1622, y el de 1669 le canonizó Clemente IX, fijando su fiesta al día 19 de octubre.

Siendo tan glorioso para nuestro santo lo que escribe de él santa Teresa en el capítulo 27 de su vida, no es razon que se omita en este breve compendio.

« ¡Y qué bueno nos le llevó Dios ahora, dice la santa, en el bendito fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfeccion: dicen que están las saludes mas flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos... Parece me fueron cuarenta años los que me dijo habia dormido solo hora y media entre noche y día, y que este era el mayor trabajo de penitencia que habia tenido

en los principios el vencer el sueño, y para esto estaba siempre de rodillas ó en pié. Lo que dormía era sentado, la cabeza arrimada á un maderillo que tenia hincado en la pared... En todos estos años jamás se puso la capilla por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los piés, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en los grandes frios se le quitaba, y dejaba abierta la puerta y ventanilla de la celda, para que con ponerse despues el manto, y cerrar la puerta, contentase al cuerpo para que sosegase con mas abrigo. Comer á tercero dia era muy ordinario... Un su compañero me dijo que le acaecia estar ocho dias sin comer. Debía estar amando en oracion, porque tenia grandes arrobamientos, é ímpetus de amor de Dios, de que una vez fui yo testigo. Su pobreza era tan extrema y tanta la mortificacion en la mocedad, que me dijo le habia acaecido estar tres años en una casa de su orden, y no conocer fraile sino era por la habla, porque no alzaba los ojos jamás. A mujeres jamás miraba... Era muy viejo cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecia sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad, era muy afable, aunque de pocas palabras, sino era con preguntarle; en estas era muy sabroso, porque tenia muy lindo entendimiento. Fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes... Despues ha sido el Señor servido que yo tenga mas consuelo en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Héle visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera vez que me apareció: ¡Qué bienaventurada penitencia que tanto premio habia merecido!»

Esto es lo que escribe santa Teresa de este gran santo,

NOTA DEL TRADUCTOR.

» Las palabras del original francés pasan como si fuesen las formales de la santa; pero el que las cotejare con las referidas, que son las mismas de la seráfica madre, reconocerá que la version francesa no fué la mas exacta. Por esta razon, me aparté de ella, y copié el texto de su lengua original. Tambien hay en el francés la equivocacion de citar el capítulo 17 por el 27 en la vida de la santa.»

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Arenas en España, san Pedro de Alcántara, confesor, del orden de los frailes menores, el cual, por su admirable penitencia y muchos milagros, ha sido puesto en el número de los santos por Clemente IX.

En Roma, la fiesta de san Tolomeo y de san Lucio, mártires bajo Marco Antonino. San Justino, mártir, refirió que, habiendo el primero convertido á la fe de Jesucristo una mujer licenciada, persuadiéndola á guardar castidad, fué acusado ante el prefecto Urbicio por un impúdico, y padeció durante largo tiempo los horrores de una cárcel, y al fin como confesase públicamente la autoridad de Jesucristo, fué condenado á ser ajusticiado. Lucio, desaprobando la sentencia de Urbicio, y confesándose abiertamente cristiano, se vió condenado á la misma pena. Agregóseles un compañero, y tambien lo fué del mismo martirio.

En Antioquía, san Beránico, santa Pelagia, virgen, y otros cuarenta y nueve mártires.

En Egipto, san Varo, soldado, que, bajo el emperador Maximino, visitando siete bienaventurados monjes encarcelados, y dándoles víveres. quiso reem-

plazar uno de ellos que habia muerto ; y habiéndolo padecido con ellos muy crueles tormentos, consiguio la palma del martirio.

En Evreux, san Aquilino, obispo y confesor.

En tierra de Orleans, la muerte de san Veron, obispo.

En Salerno, san Eustero, obispo.

En Irlanda, san Ethbin, abad.

En Oxford en Inglaterra, santa Frewisa, virgen.

En Senlis, san Levange, obispo, uno de los padres del primer concilio de Orleans, venerado en Chalons del Saona, con el nombre de san Levans.

En Soissons, san Lupo, obispo, sobrino de san Remy.

En Saint-Gal en Brene, en la diócesis de Bourges, san Didier, abad, discípulo de san Siran.

En Velai, san Chafre, abad, martirizado por los sarrazenos.

En el mismo dia, san Aquilon, confesor, venerado en otro tiempo en Ginebra.

En Bethlapat, en el pais de Bethuze en Persia, el martirio de san Sadoth, obispo, degollado bajo Sapor.

En Belen en Palestina, san Eusebio de Cremona, confesor, á quien san Jerónimo dedicó sus comentarios sobre Jeremias y san Mateo.

En Inglaterra, san Esneu, venerado en otro tiempo en York, bajo el titulo de obispo y mártir.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente :

Deus, qui beatum Petrum confessorem tuum, admirabilis penitentiae, et altissimae contemplationis munere illustrare dignatus es: da nobis, quaesumus,

O Dios, que te dignaste ilustrar al bienaventurado Pedro tu confesor con el don de una altísima contemplacion, y con el de una admirable penitencia;

ut ejus suffragantibus meritis, carne mortificati, facilius caelestia capiamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

suplicámoste nos concedas por su intercesion y por sus merecimientos, que mortifiquemos nuestros sentidos, para comprender mas fácilmente las cosas celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 3 de san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrificam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu: quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis. Non quòd jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem, si quo modo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien, juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él; no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imagen de su muerte; á fin de llegar, de cualquier modo que sea, á la resurreccion de los muertos. No porque lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.